

**Alfonso Reyes/Enrique González Martínez**

## El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952

Leonardo Martínez Carrizales (compilación, estudio introductorio y notas). Esther Martínez Luna y Leonardo Martínez Carrizales (eds.), México, FCE, 2002, 454 págs.

**Rafael G. Vargas Pasaye**

La herencia y el legado de un escritor no sólo la podemos encontrar en el grueso de su obra, sino también en archivos personales como diarios o correspondencia.

Tal es el caso de Alfonso Reyes y Enrique González Martínez, dos pilares de nuestras letras que refrendaron su amistad en cada carta escrita y recibida. La comunicación que mantuvieron de manera epistolar no la encontraremos tan fácilmente en sus *Obras completas* editadas por la UNAM o El Colegio Nacional, pero al menos sí la mayoría de ellas en este libro.

“Alfonso Reyes/Enrique González Martínez. El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952”, con la compilación, estudio introductorio y notas de Leonardo Martínez Carrizales (México, 1966), bien puede ser dos o más libros en uno. Me explico: por una parte encontramos “Invención e intervención”, donde se hospeda el estudio introductorio que Martínez Carrizales preparó con sumo cuidado para esta obra. Aquí se alojan las observaciones del investigador sobre la relación entre Alfonso Reyes y Enrique González Martínez; nos da razón de cómo nace la intención de elaborar este estudio, así como del pretexto que fue retomar la convocatoria de la revista *Ábside* dirigida en primera instancia por Alfonso Méndez Plancarte y luego por

su hermano Gabriel, a raíz de la muerte del autor de *Los senderos ocultos*, para que los amigos de este mandaran algunas cartas que el mismo González Martínez había considerado símbolo de amistad para con ellos. Uno, el más caudaloso participante de esta convocatoria, fue Alfonso Reyes, lo cual se tomó también como señal de partida de los distintos homenajes (además de los inmediatos) que recibió el hombre del búho, “uno de los hombres más extraordinarios y uno de los poetas más altos de nuestra América”, en voz del mismo Reyes.

En lo que sería la mitad complementaria hallamos la viva correspondencia entre los autores de *Ifigenia cruel* y *Preludios*, con unos subtítulos por demás sugerentes e ilustrativos: “La caída del reino (1909-1920)”, “El escritor canciller (1920-1932)”, “El tiempo de los patriarcas (1939-1952)”, donde la erudición, el bueno gusto, el humor fino, el manejo extraordinario de la palabra, la diplomacia, pero sobre todo un cariño inquebrantable, se encuentran en cada carta: “Distribuya abrazos entre los amigos, y guárdese uno muy largo para usted”, le dice Alfonso Reyes a Enrique González Martínez. A lo que le contesta en otra carta, cinco años después (aunque en ese lapso se habían mandado otras más): “En usted es un pecado callar y ocultarse”.

Además, a esto debemos agregar las notas, que son las que nos hacen partícipes de las charlas entre ambos escritores mexicanos, las cuales atinadamente Martínez Carrizales tuvo a bien colocar al final del mismo epistolario, para así leer el libro de varias formas: si uno gusta, primero las misivas entre ellos, y luego las notas que cobran vida por sí mismas, o alternando las páginas para no perder detalle, o como el mismo lector sugiera.

Incluso, ésa es la intención del autor: “Se quiere –nos dice– que los amigos se hagan entender claramente aun mucho tiempo después de que sus voces se hayan apagado: en esa voluntad radica toda una teoría de la edición y la explicación de la correspondencia”. A lo cual nosotros debemos señalar que no sólo es una “explicación” como modestamente menciona, sino un verdadero estudio de un gran lapso en la historia cultural de México, donde no quedan exentos de participar los momentos políticos tanto nacionales como allende nuestras fronteras, máxime si los involucrados en este epistolario brillaron con esa luz que los podría transportar a cualquier punto del orbe.

Alfonso Reyes y Enrique González Martínez entablaron una relación más allá de las cartas, siempre sincera e incluso cómplice. Preocupados por sus quehaceres el uno del otro, mandaban sus libros y se ponían al tanto de toda la comunidad en la que participaban; seguían la marcha de aquel que se tenía que trasladar hacia otro paisaje con tal de mantener la relación. Relación que sólo la muerte del segundo, el 19 de febrero de 1952, puso fin.

Nota especial merece la edición, labor efectuada por el mismo autor con la colaboración de la investigadora Esther Martínez Luna, que realizaron una operación meticulosa, buscando en todo momento, además de la perfección, dejar lo más nítida posible la voz original de las personalidades que los ocupan. Los documentos que forman esta obra provienen tanto de la Capilla Alfonsina y la revista *Ábside* como del archivo personal de Enrique González Martínez y el Archivo Histórico de El Colegio de México.

El autor pide “al lector que no vea en esta narración otra cosa que el ánimo de explicar el modo en que este epistolario terminaría por situarse en una zona determinada de la escena literaria de México. He preferido una descripción detallada del proceso antes que una generalización audaz”. Y esto se nota inmediatamente, no sólo con el trabajo puntilloso, sino por el lenguaje que utiliza, dando en todo momento el lugar que le corresponde a los partícipes de este homenaje que comenzó cuando Reyes y González Martínez decidieron tomar la pluma para escribir cartas, pasar por la revista *Ábside*, y llegar a este destino, que es hoy una obra de referencia para todos lo interesados.

En suma, es una obra importante que no busca el éxito comercial inmediato, sino que se perfila como una referencia de largo alcance que bien puede ser atrayente para el investigador, para el crítico y para el público en general, ya que, como se mencionó al principio, conocer otro aspecto de la vida tanto de Alfonso Reyes como de Enrique González Martínez, en este caso en su correspondencia, hace que giremos ese gozne para compenetrar en un mundo que no todos conocen. ❁

## J. M. Coetzee Las vidas de los animales

Mondadori (Literatura Mondadori, núm. 154), Barcelona, 2001. 108 págs.

## Isaac García Venegas

Durante el curso de 1997-1998, J. M. Coetzee ofreció un par de conferencias en la Cátedra Tanner de la Universidad de Princeton. Como todos los invitados a dicha Cátedra, Coetzee tuvo que reflexionar y explorar un aspecto de los valores humanos. Pero a diferencia de otros expositores, que usualmente presentan ensayos filosóficos, escribió dos relatos

literarios cuyo tema central fue, al menos en primera instancia, una discusión sobre los derechos de los animales. Este libro recoge esas conferencias, y muestra, una vez más, no sólo la originalidad de este escritor sudafricano; también la profundidad de su pensamiento crítico.

Presentar dos textos literarios allí en donde se esperaban ensayos filosóficos causó gran revuelo entre los asistentes. Para Coetzee significó la posibilidad de explorar puntos de vista que de otra manera le hubiera sido muy difícil, dada su recurrente negativa a ser considerado filósofo. Incluso convirtió estos relatos en un “espejo” en el que retrataba su peculiar circunstancia, pues éstos tienen como personaje central a Elizabeth Costello, una novelista australiana de edad que, precisamente, ha sido invitada a impartir algunas conferencias a una universidad norteamericana. El tema que Costello escoge desarrollar es el de la relación atroz que los seres humanos establecen con los animales. Pero si a primera vista Costello parece defender los derechos de los animales y abogar por una vida vegetariana, en realidad sus reflexiones iluminan una zona bastante oscura del ser humano que cuestiona precisamente su humanidad, o por lo menos, da cuenta de su parcialidad.

Coetzee-Costello parece insinuar que la vida de los animales depende de la mirada desde la que se les ve, sea filosófica o poética. Una apela a la razón como criterio fundamental para establecer la diferencia entre los seres humanos y los animales; otra, intenta penetrar y entender el “ser” animal. Si la primera decanta la inherente inferioridad del animal y, por tanto, justifica la crueldad con la que son tratados, la segunda, por el contrario, se basa en el compromiso con el animal, en la posibilidad de ver al animal como el otro, o mejor dicho,

como expresión particular de lo “Otro”, aquello frente a lo cual el hombre configura su humanidad.

Esto último –la relación con lo “Otro”, con la naturaleza– es sin duda el tema central de las reflexiones de Coetzee-Costello. Sus conferencias y charlas no son una arenga en favor de los derechos animales ni tampoco una diatriba contra la filosofía en general ni una confrontación entre filosofía y poesía. Más bien son una crítica radical a aquella filosofía imperante actualmente que exalta la razón instrumental y el funcionamiento “adecuado” de las cosas, y que lo hace a costa de una reducción alarmante de la capacidad reflexiva del ser humano, pero sobre todo, basado en un olvido fundamental: la relación con lo “Otro”. En tanto que el ser humano siga viendo la naturaleza como una “cosa” dispuesta a ser dominada, en esa misma medida continuará teniendo lugar una “cosificación” de su humanidad, cuya brutalidad es perceptible, precisamente, en el trato con los animales, y su alcance y dimensión apenas se vislumbró en Auschwitz. ❁

## Emmanuel Carrère

Yo estoy vivo y vosotros estáis muertos.

Philip K. Dick 1928-1982.

Minotauro, Barcelona, 2002. 315 págs.

## Marga Canseco

El novelista y guionista francés Emmanuel Carrère, conocido por la novela *El adversario* (Anagrama), en su último libro se atreve a inmiscuirse en la vida del singular escritor de ciencia ficción estadounidense Philip K. Dick. Desde luego Carrère tuvo un gran acierto al hacer una biografía de este escritor, ya que las vivencias de